

Foto de una jaula vacía

16

cuando, en los días de fiesta, acudían todas las mujeres del pueblo con las fuentes de barro para que les asasen en el horno del pan las piernas de cordero".

Sí, me adapté rápido, me acostumbé sin sentir a ser la niña tontita de ciudad que caminaba torpemente por las calles de cantos y a la que una suegra arisca le decía tú para esto no vales, te cansarás pronto; él - por su hijo - es otra cosa porque como no tiene ambiciones...pero tú...pero yo la escuchaba sonriente, allí, en su casa, ayudándola a poner la mesa los domingos, semana tras semana y después de batallar un par de horas con no estaría de más que fueras levantándote, ya sabes que nos espera tu madre.

-¿Y de qué vivíais? - me hace la pregunta así, de sopetón.

-¿Que de qué vivíamos?

Y me dan ganas de contestarle "pues por supuesto que del aire", lo único que nuestros organismos estaban diseñados para digerir y que nos sentaba además de maravilla, pero me mordí la lengua porque mamá, que no tuvo jamás sentido del humor, se lo hubiera tomado como una respuesta agresiva y hubiese replicado qué seca que eres, hija porque a ver quién se metía en el berenjenal de aclararle que de qué otra cosa nos hubieramos podido alimentar si no teníamos cuerpo... aun que creo que voy a tener que explicar un poco mejor esto o de lo contrario se va a montar aquí el mismo cirio que se organizó en el pueblo y que fue la causa de que mi pobre suegra die ra con sus huesos en la tumba fría, aunque nada más esté siendo una forma de decirlo porque la incineramos tal como ella siempre había querido.

Cuando esta historia comenzó yo no era nadie y mi marido y mis hermanas tan insustanciales y sin fuste tampoco pero mi suegra sí, mi suegra era una viuda de pueblo muy joven por entonces y sin hijos y con una hacienda grande que le proporcionaba si no pocos beneficios sí desde luego muchos me nos que quebraderos de cabeza y hasta el punto de que, cansada, decidió dar con la forma airosa de desprenderse de todo sin ser tomada por los vecinos por loca y no se le ocurrió idea más brillante que adoptar un niño de corta edad con las miras de que al ir creciendo - mi suegra nunca había sido una mujer vehemente - fuera haciéndose poco a poco un vividor, un tarambana que sin prisa pero sin pausa se comiera las tierras a base de irle sacando a ella las entrañas hasta dejarla libre de preocupaciones y del tener que bregar con gañanes y brace